

Visita
al territorio de

Sherwood Anderson



Prefacio

Si uno busca el amor y se dirige a él directamente, o tan directamente como puede, en medio de las complejidades de la vida moderna, quizás es que uno esté loco.

¿No has conocido un momento en el que hacer lo que parecería en otros momentos y bajo unas circunstancias algo diferentes el más trivial de los actos se convierte de repente en una empresa gigantesca?

Estás en el zaguán de una casa. Ante ti hay una puerta cerrada y, al otro lado de la puerta, sentado en una silla al lado de la ventana, hay un hombre o una mujer.

Es el atardecer de un día de verano y tu propósito es dar un paso hacia la puerta, abrirla, y decir:

—No tengo intención de seguir viviendo en esta casa. Mi equipaje está hecho y, en una hora, un hombre con quien ya lo he acordado vendrá a buscarlo. Sólo he venido a decirte que ya no podré seguir viviendo a tu lado.

Ahí estás, ya ves, de pie en el zaguán, a punto de entrar en la habitación y pronunciar esas pocas palabras. La casa está en silencio y te quedas de pie largo rato en el vestíbulo, asustado, vacilante, silencioso. De modo impreciso te das cuenta de que cuando bajaste al zaguán desde la planta superior lo hiciste de puntillas.

Para ti y la persona del otro lado de la puerta es acaso mejor que no continúes viviendo en la casa. En eso estarías de acuerdo si fueras mínimamente capaz de hablar de modo razonable sobre el asunto. ¿Por qué eres incapaz de hablar de modo razonable?

¿Por qué te resulta tan difícil dar esos tres pasos hacia la puerta? No tienes enfermedad alguna en las piernas. ¿Por qué sientes los pies tan

pesados?

Eres joven. ¿Por qué te tiemblan las manos como si fueran las de un anciano?

Siempre has pensado que eras un hombre valiente. ¿Por qué de pronto te faltan arrestos?

¿Es divertido o trágico saber que no serás capaz de llegar hasta la puerta, abrirla, entrar y decir esas pocas palabras sin que te tiemble la voz?

¿Estás loco o cuerdo? ¿Por qué esta espiral de pensamientos en tu cabeza, una espiral de pensamientos que, mientras estás ahí de pie, vacilante, parece absorberte hacia lo más profundo de un pozo sin fondo?

LIBRO UNO

I

Un hombre llamado Webster vivía en una ciudad de veinticinco mil habitantes en el estado de Wisconsin. Tenía una esposa llamada Mary y una hija llamada Jane, y él mismo era un próspero fabricante de lavadoras. Cuando el asunto sobre el que voy a escribir ocurrió, él rondaba los treinta y siete o los treinta y ocho, y su única hija tenía diecisiete. No será necesario hablar de los detalles de su vida previos al punto en el que una cierta revolución se desató en su interior. No obstante, era un hombre más bien tranquilo, inclinado a tener ensoñaciones que intentaba ahuyentar de su interior con objeto de funcionar como fabricante de lavadoras; y, sin duda, en momentos inesperados, cuando estaba en el tren, con destino a algún lugar, o quizás los domingos por la tarde, en verano, cuando iba solo a la oficina desierta de la fábrica y permanecía sentado varias horas mirando por la ventana a lo largo de los raíles del tren, daba rienda suelta a sus sueños.

Sin embargo, durante muchos años siguió en silencio su camino y trabajó como cualquier otro pequeño fabricante. De vez en cuando tenía un año de bonanza en el que el dinero parecía entrar a espuestas y luego había años malos, en los que los bancos locales amenazaban con cerrarle la empresa, pero como fabricante se las arreglaba para sobrevivir.

Pues así era este Webster, que se aproximaba a su cuadragésimo año de vida, y cuya hija acababa de terminar el instituto local. Se acercaba el otoño; parecía ir tirando, llevando la vida de siempre, y de repente le ocurrió aquello.

Desde las profundidades de su cuerpo algo comenzó a afectarle, como una enfermedad. Es algo complicado describir el sentimiento que tenía. Es como si algo estuviera naciendo. Si hubiera sido una mujer podría haber sospechado que se había quedado embarazado de repente. Estaba sentado

en su oficina, en el trabajo, o paseando por las calles de su ciudad, y le asaltaba la extrañísima sensación de no ser él mismo, sino algo nuevo y bastante insólito. A veces el sentimiento de no ser él mismo se hacía tan fuerte en él que se detenía bruscamente por la calle para mirar y escuchar. Estaba, pongamos, de pie ante un comercio, en una bocacalle. Un poco más allá había un solar en el que crecía un árbol y bajo el árbol había un viejo caballo de faena.

Si el caballo hubiera descendido hasta la valla para hablar con él, si el árbol hubiera levantado una de sus pesadas ramas inferiores y le hubiera tirado un beso o si el letrero que colgaba sobre la tienda se hubiera puesto a gritar de súbito «John Webster, prepárate para el Santo advenimiento», su vida en aquel momento no le habría parecido más extraña. Nada de lo que pudiera ocurrir en el mundo exterior, en aquel mundo de hechos concretos como las aceras bajo sus pies, la ropa sobre su cuerpo, los motores que arrastraban trenes por los raíles de al lado de su fábrica, y los tranvías que rugían por las calles en las que estaba, nada de todo aquello hubiera constituido algo más asombroso que lo que estaba ocurriendo en su interior.

Allí estaba, un hombre de estatura mediana, con pelo negro apenas grisáceo, hombros anchos, manos grandes, un rostro lleno, algo triste y tal vez sensual, y muy dado al hábito de fumar cigarrillos. En el momento del que hablo le resultaba muy difícil permanecer inmóvil en un lugar y hacer su trabajo, así que se movía continuamente. Se levantó con rapidez de la silla del despacho de su fábrica y se dirigió hacia el taller. Para hacerlo tenía que atravesar una ancha oficina exterior donde había un contable, un escritorio para el superintendente de la fábrica y escritorios para otras tres chicas que también ejercían algún tipo de trabajo de oficina, mandaban folletos de lavadoras a posibles compradores y se ocupaban de otros detalles.

En su misma oficina había una mujer de veinticuatro años y rostro ancho que era su secretaria. Tenía un cuerpo fuerte y bien dibujado, pero no era muy guapa. La naturaleza le había otorgado un rostro ancho y plano y labios gruesos, pero tenía la piel muy clara y unos ojos muy claros y bonitos.

Mil veces, desde que se había convertido en fabricante, John Webster había salido, de este modo, de su propia oficina a la oficina general y había atravesado una puerta y un pasillo en dirección a la fábrica en sí, pero no tal y como andaba ahora.

Bueno, de repente había empezado a caminar en un nuevo mundo, ese era un hecho que no podía negarse. Se le ocurrió una idea. «Quizás, por alguna razón, me estoy volviendo un poco loco», pensó. Aquel pensamiento no lo alarmó. Era casi agradable. «Me gusto más tal como soy ahora», concluyó.

Estaba a punto de dejar atrás su pequeña oficina interior para salir a la exterior y después a la fábrica, pero se detuvo en la puerta. La mujer que trabajaba en el despacho con él se llamaba Natalie Swartz. Era la hija de un alemán que regentaba un bar en la ciudad, se había casado con una irlandesa y después había muerto sin dejar ni un cuarto. Recordó lo que había oído de ella y de su vida. Eran dos hijas; la madre tenía mal carácter e inclinación por la bebida. La hija mayor se había hecho maestra en la escuela local; Natalie había aprendido taquigrafía y había ido a trabajar a la oficina de la fábrica. Vivían en una pequeña casa de madera a las afueras de la ciudad y en ocasiones la madre se emborrachaba y maltrataba a las dos muchachas. Eran buenas chicas y trabajaban duro, pero cuando estaba ebria, la madre las acusaba de todo tipo de inmoralidades. Todos los vecinos sentían compasión por ellas.

John Webster se detuvo en la puerta con la mano en el picaporte. Miraba con insistencia a Natalie, pero no se sintió en absoluto violento ni, por extraño que parezca, ella tampoco. Estaba arreglando unos papeles, pero dejó de trabajar y clavó la vista en él. Era una sensación extraña ser capaz de mirar de ese modo, directamente a los ojos de otra persona. Es como si Natalie fuera una casa y él estuviera mirando por una ventana. Natalie vivía en la casa que era su cuerpo. Qué callada, fuerte y cálida era, y qué extraño era haber podido sentarse a su lado cada día durante dos o tres años sin haber pensado nunca en mirar su casa. «Cuántas casas hay cuyo interior no he mirado», pensó.

Una extraña y rápida concatenación de pensamientos afloró de su interior mientras estaba así, de pie, mirando a Natalie a los ojos con

aplomo. Qué limpia había mantenido su casa. La vieja madre irlandesa, en su embriaguez, bien podía gritar y berrear que su hija era una fulana, como hacía a veces, pero las palabras no penetraban en la casa de Natalie. Las pequeñas reflexiones interiores de John se convirtieron en palabras que no expresó en voz alta, sino en palabras que corrían dando suaves gritos en su interior. «Es mi amada», dijo una de las voces. «Entrarás en la casa de Natalie», dijo otra. Un ligero rubor inundó las mejillas de Natalie y sonrió.

—No está muy bien últimamente. ¿Le preocupa algo? —le dijo. Nunca antes le había hablado de ese modo. Había un indicio de intimidad en ello. De hecho, el negocio de lavadoras estaba yendo muy bien en aquel momento. Los pedidos llegaban con rapidez y la fábrica rebosaba de vida. No había cuentas que pagar en el banco.

—Qué va, estoy muy bien —respondió—, muy feliz y muy bien en este momento.

Salió a la oficina exterior y las tres mujeres que trabajaban allí, junto con el contable, abandonaron su trabajo para mirarlo. Levantar la vista de sus escritorios fue tan solo una especie de gesto. No insinuaban nada con ello. El contable se le acercó para preguntarle algo referente a una cuenta.

—Bueno, me gustaría que usara su propio criterio en esta cuestión —respondió John Webster. Era vagamente consciente de que la pregunta se refería al crédito de un hombre. Un hombre, desde un lugar lejano, había escrito para pedir veinticuatro lavadoras. Pensaba venderlas en un establecimiento. La cuestión era: cuando llegara el momento, ¿pagaría al fabricante?

Toda la estructura de los negocios, asunto en el que todos los hombres y mujeres de Estados Unidos estaban implicados de algún modo, como él mismo, era una cuestión insólita. En realidad no había pensado mucho sobre ello. Su padre había sido propietario de la fábrica y había muerto. Él no había deseado ser fabricante. ¿Qué había deseado ser? Su padre poseía unas cosas llamadas patentes. Luego su hijo, es decir, él mismo, había crecido y había empezado a administrar la fábrica. Se casó y al poco murió su madre. Después la fábrica pasó a pertenecerle. Fabricaba las lavadoras que quitarían la suciedad de la ropa de la gente y empleaba a algunos hombres para que las fabricaran y a otros para que fueran a venderlas. De

pie en la oficina exterior consideró, por primera vez, la vida de los hombres modernos como algo extraño y complejo.

—Necesita comprensión y mucha reflexión —pronunció en voz alta. El contable había dado media vuelta para regresar a su despacho, pero se detuvo y se giró, creyendo que le hablaban. Cerca de donde se encontraba John Webster, una mujer estaba enviando folletos. Levantó la vista y sonrió de pronto, y a él le gustó que sonriera de ese modo. «Hay un modo —algo ocurre— de que la gente, de manera repentina e inesperada, se acerque entre sí», pensó mientras atravesaba la puerta y la galería, en dirección a la fábrica.

En la fábrica se oía una especie de ruido cantarín y olía dulce. En el suelo yacían grandes montones de planchas cortadas y el ruido cantarín lo producían las sierras que cortaban las planchas para que tuvieran la longitud y forma adecuada para construir las partes de la lavadora. A las puertas de la fábrica había tres camiones cargados de madera y los trabajadores descargaban planchas y las arrastraban por una especie de pista hacia el edificio.

John Webster se detuvo a mirar, pestañeando, cómo los hombres descargaban tablas a la puerta de su fábrica. Sus vocecitas interiores le susurraban extrañas cosas alegres. Uno no podía solo ser fabricante de lavadoras en una ciudad de Wisconsin. Pese a uno mismo, uno se convertía, en algunas ocasiones, en algo más. Uno se convertía en una parte de algo tan amplio como la tierra en la que vivía. Él dirigía un pequeño taller en la ciudad. El taller se encontraba en un lugar oscuro, cerca de los raíles de un tren y al lado de un riachuelo poco profundo, pero también era una parte de algo vasto que nadie había empezado siquiera a comprender. Él mismo era un hombre de pie, vestido con un atuendo corriente, pero dentro de la ropa, y dentro de su cuerpo también, había algo, bueno, quizás no vasto en sí mismo, pero vaga e indefinidamente conectado con algo vasto. Era extraño que nunca lo hubiera pensado. ¿Lo había pensado? Ante él estaban los hombres descargando la madera. La tocaban con las manos. Una especie de unión nacía entre ellos y los hombres negros que habían cortado esos leños y los habían llevado flotando corriente abajo a un aserradero de algún lugar lejano del Sur. Uno iba por ahí todo el día tocando cosas que otros hombres

habían tocado. Pero faltaba algo, una conciencia de las cosas tocadas. Una conciencia del significado de las cosas y las personas.

*«And before I'd be a slave,
I'd be buried in my grave,
And go home to my father and be saved»^[1].*

Atravesó el umbral del taller. Allí cerca, en una máquina, un hombre estaba serrando tablas. No había duda de que las piezas elegidas para fabricar sus lavadoras no siempre eran las mejores. Algunas de ellas se romperían pronto. Se colocaban en una parte de la lavadora donde no importaba tanto, donde no se veían. Las lavadoras tenían que venderse a precios bajos. Se sintió un poco avergonzado y después se rió. Uno podía enredarse con facilidad en cosas pequeñas mientras que había cosas grandes, ricas, en que pensar. Uno era un niño y tenía que aprender a andar. ¿Qué era lo que uno tenía que aprender? A ir por ahí oliendo cosas, saboreando cosas, sintiendo cosas, quizás. Uno tenía que aprender quién más estaba en el mundo además de sí mismo, para empezar. Había que mirar un poco a su alrededor. Estaba muy bien pensar que deberían colocarse mejores tablas en las lavadoras que compraban las mujeres pobres, pero uno podía corromperse con facilidad si se entregaba a ese tipo de pensamientos. Existía el riesgo de una especie de autocomplacencia que surgía de pensar en poner solo tablas de buena calidad en las lavadoras. Había conocido hombres así y siempre había experimentado un cierto desdén por ellos.

Continuó su paseo por la fábrica, dejando atrás filas de hombres y muchachos frente a máquinas de trabajo que daban forma a las diferentes partes de las lavadoras, ensamblaban esas partes, las pintaban y luego empacaban las lavadoras para su traslado. La parte superior del edificio estaba dedicada al almacenamiento de los materiales. Atravesó montones de planchas cortadas para dirigirse a una ventana que daba al poco profundo y ahora medio seco riachuelo en cuyas orillas se encontraba la fábrica. Por todos sitios había carteles que prohibían fumar en la fábrica, pero se le había olvidado, así que se sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

El ritmo de su pensamiento continuaba en su interior. «Debe de haber más de un yo», discurrió con imprecisión, y cuando su mente formó este pensamiento algo parecía haber acontecido en su interior. Unos momentos antes, de pie en la oficina, en presencia de Natalie Swartz, había pensado en el cuerpo de ella como en una casa que ella habitaba. Aquella también era una reflexión reveladora. ¿Por qué no podría más de una persona vivir en una casa así?

El que una idea así se difundiera aclararía muchas cosas. Sin duda era una idea que se le había ocurrido a muchos otros hombres, pero quizás no la hubieran desarrollado con suficiente simplicidad. Él mismo había ido a la escuela local y después a la universidad en Madison. Durante un tiempo había leído una buena cantidad de libros. En alguna ocasión había pensado que quizás le gustara ser escritor.

Y seguro que un buen puñado de escritores de libros habían abrigado los mismos pensamientos que él ahora. En las páginas de algunos libros uno encontraba una especie de refugio del embrollo cotidiano. Quizás mientras escribían, aquellos hombres se sentían como él ahora, ilusionados, transportados.

Dio una calada a su cigarrillo y miró más allá del río. Su fábrica se encontraba en las afueras de la ciudad, y más allá del río comenzaba el campo. Todos los hombres y mujeres eran como él, compartían un terreno común. Por todo Estados Unidos, por todo el mundo incluso, los hombres y las mujeres actuaban tal y como él hacía. Comían, dormían, trabajaban, hacían el amor.

Empezaba a cansarse de cavilar y se frotó la frente con la mano. Se le había consumido el cigarrillo; lo arrojó al suelo y encendió otro. Hombres y mujeres intentaban entrar en los cuerpos de otros, en ocasiones experimentaban una loca ansia por hacerlo. Se llamaba hacer el amor. Se preguntó si llegaría un día en que hombres y mujeres lo hicieran con bastante libertad. Era difícil intentar pensar por sí mismo entre tanta confusión.

Había algo seguro, nunca había estado en aquel estado. Bueno, no era verdad. Hubo una vez. Fue cuando se casó. Entonces se había sentido como se sentía ahora, pero había ocurrido algo.

Se puso a pensar en Natalie Swartz. Había algo límpido e inocente en ella. Quizás, sin darse cuenta, se había enamorado de ella, de la hija de un cantinero y de una vieja irlandesa borracha. Si era eso lo que había ocurrido, se explicarían muchas cosas.

Advirtió la presencia de un hombre a su lado y se giró. Un trabajador vestido con un mono estaba a unos pocos pies de distancia. Sonrió.

—Supongo que ha olvidado algo —dijo. John Webster le devolvió la sonrisa.

—Pues sí —respondió—, un montón de cosas. Tengo casi cuarenta años y supongo que se me ha olvidado vivir. ¿Qué hay de usted?

El trabajador volvió a sonreír.

—Me refiero a los cigarrillos —puntualizó mientras señalaba la colilla humeante que yacía en el suelo. John Webster la pisó; después tiró el otro cigarrillo al suelo y lo aplastó. Él y el trabajador se quedaron mirándose uno a otro como poco antes había mirado a Natalie Swartz. «Me pregunto si también podría entrar en esta casa», pensó.

—Bueno, se lo agradezco. Se me había olvidado. Estaba en las nubes —explicó en voz alta. El trabajador asintió.

—A mí también me pasa a veces —convino.

II

John Webster llegó a su casa en tranvía. Eran las doce pasadas cuando llegó y, como había imaginado, no lo esperaban. Detrás de su casa, una casa de madera de aspecto corriente, había un jardincito y dos manzanos. Dio un rodeo a la casa y vio a su hija, Jane Webster, tumbada en una hamaca colgada de dos árboles. Había una vieja mecedora bajo uno de los árboles, cerca de la hamaca, y fue a sentarse en ella. Su hija se sorprendió de que se le acercara así, a la hora del mediodía, cuando rara vez aparecía.

—Hombre, hola, papá —musitó sin mucho entusiasmo mientras se incorporaba y dejaba caer a sus pies, en el césped, un libro que había estado leyendo.

—¿Ocurre algo? —preguntó la muchacha. Él sacudió la cabeza.

Él recogió el libro, comenzó a leer, y su hija dejó caer de nuevo la cabeza sobre el cojín de la hamaca. El libro era una novela moderna de época. Trataba de la vida en el casco antiguo de Nueva Orleans. Leyó unas cuantas páginas. Era sin duda el tipo de cosa que podía transportarlo a uno fuera de sí, apartarlo del aburrimiento de la vida. Un joven robaba en la oscuridad de la calle y llevaba los hombros envueltos en una capa. La luna brillaba sobre su cabeza. Los magnolios estaban en flor e impregnaban el aire de su perfume. El joven era muy apuesto. La escena de la novela se desarrollaba antes de la Guerra de Secesión y el muchacho poseía un montón de esclavos.

John Webster cerró el libro. No hacía falta leer. Cuando aún era joven también había leído libros así. Lo arrancaban a uno de sí mismo, amortiguaban el aburrimiento de la vida cotidiana.

Era un extraño pensamiento el de que la vida cotidiana tenía que ser aburrida. No había duda de que los últimos veinte años de su vida habían

sido monótonos, pero en aquella mañana la vida no lo había sido. Le parecía que nunca antes había tenido una mañana así.

Era un hecho inaudito y terrible, pero la verdad es que nunca había pensado mucho en su hija, y allí estaba, casi toda una mujer. No había duda de que ya tenía el cuerpo de una mujer. Las funciones de la feminidad estaban presentes en su cuerpo. Se sentó y la miró con fijeza. Un momento antes se había sentido muy cansado, ahora el cansancio se había esfumado. «Podría haber tenido ya un hijo», especuló. Su cuerpo estaba preparado para la gestación, había crecido y había alcanzado ese estado. Qué rostro tan inmaduro tenía. Tenía una boca bonita pero había algo, una especie de vacío. Su rostro era como una hermosa hoja de papel en la que no hubiera nada escrito. Sus ojos vagabundos se encontraron con los de él. Era extraño. Sintió algo parecido al susto. Ella se incorporó con rapidez.

—¿Qué te pasa, papá? —preguntó con suspicacia. Él sonrió.

—No pasa nada —respondió apartando la mirada—. Pensé en venir a casa a comer. ¿Es eso algo malo?

Su mujer, Mary Webster, salió a la puerta trasera de la casa y llamó a su hija. Cuando lo vio levantó las cejas.

—Esto es inesperado. ¿Qué te trae por casa a estas horas del día? —inquirió.

Entraron en la casa y recorrieron el pasillo hasta el comedor, pero no había cubierto para él. Tenía la sensación de que ambas pensaban que había algo malo, casi inmoral, en que él estuviera en casa a esa hora del día. Era inesperado, y lo inesperado siempre tenía un aire sospechoso. Llegó a la conclusión de que sería mejor explicarse.

—Tenía dolor de cabeza y pensé en venir a casa y tumbarme una hora —se justificó. Sintió que parecían aliviadas, como si les hubiera quitado un peso de encima, y sonrió ante este pensamiento—. ¿Puedo tomar una taza de té, si no es demasiada molestia? —pidió.

Mientras le traían el té fingió estar mirando por la ventana, pero a escondidas estudiaba el rostro de su mujer. Era como su hija. No había nada escrito en su rostro. Su cuerpo se estaba volviendo pesado.

Era una muchacha alta y esbelta de pelo rubio cuando se casó con ella. Ahora la impresión que daba era de alguien que se hubiera ensanchado sin

propósito, «un poco como el ganado, cebado para la matanza», pensó. Uno no distinguía los huesos y los músculos en su corpulencia. Su pelo rubio que, cuando era joven, relucía de modo extraordinario al sol, era ahora más bien incoloro. Daba la impresión de tener las raíces muertas, y había pliegues de carne fútil en la cara, entre los cuales se observaban los pequeños surcos de las arrugas.

«Su cara está hueca; no la ha tocado el dedo de la vida», se dijo. «Es una flor alta sin cimientos que se derrumbará pronto». Había algo muy hermoso y al mismo tiempo terrible para él en el estado en que estaba en ese momento. Las cosas que decía o pensaba para sí contenían una especie de poder poético. Un grupo de palabras se formaba en su cabeza y las palabras tenían poder y significado. Estaba sentado jugando con el asa de la taza. De pronto, le asaltó un gran deseo de ver su propio cuerpo. Se levantó y, tras murmurar una excusa, salió de la habitación y subió por la escalera. Su esposa lo llamó.

—Jane y yo vamos a dar un paseo por el campo. ¿Hay algo que pueda hacer por ti antes de que nos vayamos?

Se detuvo en las escaleras, pero no respondió de inmediato. Su voz era como su rostro, algo carnosa y pesada. Qué extraño era que él, un corriente fabricante de lavadoras de Wisconsin, estuviera pensando de aquel modo, estuviera percibiendo todos aquellos pequeños detalles de la vida. Recurrió a un truco para oír la voz de su hija.

—¿Me has llamado, Jane? —inquirió. La hija respondió para explicarle que había sido su madre quien lo había llamado y le repitió lo que ya le habían preguntado. Respondió que no quería nada aparte de echarse una hora, y subió las escaleras hacia su cuarto. La voz de la hija, como la de la madre, parecía representarla con exactitud. Era joven y clara, pero no tenía resonancia. Cerró la puerta de su cuarto y echó el cerrojo. Después empezó a desvestirse.

Ahora no se sentía en absoluto cansado. «Estoy seguro de que estoy un poco loco. Una persona en su sano juicio no notaría cualquier pequeñez que ocurre como yo hoy», caviló. Cantó en voz baja con el deseo de oír su propia voz, para compararla de algún modo con las voces de su mujer y de

su hija. Tatareó las letras de una canción negra que tenía aquella mañana en la cabeza:

*«And before I'd be a slave,
I'd be buried in my grave,
And go home to my father and be saved».*

Consideró que su voz estaba bien. Las palabras emergían de su garganta con claridad y había también algo de resonancia. «Si hubiera intentado cantar ayer no habría sonado así», concluyó. Las voces de su cerebro jugaban, ruidosas. Sentía una especie de alegría. El sentimiento que había tenido aquella mañana al mirar a los ojos a Natalie Swartz regresó a la carrera. Su propio cuerpo, que ahora estaba desnudo, era una casa. Fue a ponerse ante el espejo y se miró. Su cuerpo aún era esbelto y tenía un aspecto sano, por fuera. «Creo que ya sé qué es esto que me pasa», dedujo. «Se está llevando a cabo una limpieza de la casa. Mi casa lleva veinte años vacía. El polvo se ha acumulado en las paredes y los muebles. Ahora, por alguna razón que se me escapa, se han abierto de par en par puertas y ventanas. Tendré que frotar las paredes y los suelos, limpiar y adecentar todo para que esté como en la casa de Natalie. Y después invitaré a la gente a visitarme». Recorrió con las manos su cuerpo desnudo, el pecho, los brazos, las piernas. Algo en su interior reía.

Fue a tumbarse, así desnudo como estaba, en la cama. Había cuatro dormitorios en el piso superior de la casa. El suyo estaba en una esquina y tenía puertas que daban a las habitaciones de su mujer y su hija. De recién casados dormían juntos, pero cuando llegó el bebé abandonaron la costumbre y nunca volvieron a hacerlo. Ahora entraba en la habitación de su mujer por la noche de higos a brevas. Ella lo deseaba, le hacía saber a su modo de mujer que lo deseaba, y él iba, no con felicidad ni con ansia, sino porque él era un hombre y ella una mujer, y ocurría. Aquel pensamiento lo fatigó un poco. «Bueno, hace semanas que no ocurre». No quería pensar en ello.

Poseía un caballo y un carruaje guardado en un establo y ahora lo estaban conduciendo a la puerta de casa. Oyó cómo se cerraba la puerta

principal. Su mujer y su hija iban a dar un paseo en carruaje por el campo. La ventana de su habitación se abrió y una brisa acarició su cuerpo.

III

Cuando se despertó, una hora después, se asustó al principio. Miró en derredor la habitación mientras se preguntaba si había estado enfermo.

Después sus ojos emprendieron un inventario de los muebles de la habitación. No le gustaba nada. ¿Había vivido veinte años de su vida entre aquellas cosas? No había duda de ello. No sabía mucho de aquello. Pocos hombres sabían. Le invadió un pensamiento. Qué pocos hombres en Estados Unidos pensaban en realidad en las casas en las que vivían, en las ropas que vestían. Los hombres estaban dispuestos a pasar toda una vida sin hacer ningún esfuerzo por decorar sus cuerpos, por embellecer y dar sentido a las moradas que habitaban. Su propia ropa estaba colgada de una silla donde la había arrojado al entrar en la habitación. En un momento se levantaría a ponérsela. Miles de veces, desde que se había hecho un hombre, había efectuado la acción de vestirse sin pensar. La ropa había sido adquirida en un establecimiento al azar. ¿Quién la había confeccionado? ¿Qué pensamiento había otorgado a su confección o a su uso? Contempló su cuerpo tendido en la cama. La ropa envolvería su cuerpo, lo arroparía.

Le asaltó un pensamiento que repicó por los espacios de su mente como una campana que se oye por los campos. «Nada que no sea amado puede ser hermoso»^[2].

Salió de la cama, se vistió con rapidez y salió a toda prisa de la habitación para correr escaleras abajo. Al pie de las escaleras se detuvo. De repente se sintió viejo y fatigado, y creyó que quizás fuera mejor no intentar volver a la fábrica aquella tarde. Su presencia allí no era necesaria. Todo iba bien. Natalie se encargaría de todo lo que pudiera surgir.

«Qué bonito que yo, un hombre de negocios respetable con una esposa y una hija crecida, emprendiera una aventura con Natalie Swartz, la hija de

un hombre que cuando vivía regentaba un bar de mala muerte y de esa terrible vieja irlandesa, que es el escándalo de la ciudad y que, cuando está ebria, habla y grita de tal modo que los vecinos amenazan con hacerla arrestar y se contienen solo porque sienten simpatía hacia sus hijas.

El hecho es que un hombre puede matarse a trabajar para construirse un lugar decente y después, por una locura, todo puede arruinarse. Tendré que vigilarme un poco. He estado trabajando demasiado. Igual debería tomarme unas vacaciones. No quiero meterme en líos», se dijo. Qué contento estaba, a pesar de haber estado tan nervioso todo el día, de no haber mencionado nada que pudiera traicionar su estado a nadie.

Se quedó de pie con la mano en la balaustrada de la escalera. En cualquier caso, había estado pensando mucho en las últimas dos o tres horas. «No he perdido el tiempo».

Le asaltó un pensamiento. Después de casarse y tras averiguar que su mujer se amedrentaba y se encerraba en sí misma ante cualquier estallido de pasión, y que en consecuencia no era muy alegre hacer el amor con ella, había adquirido el hábito de emprender expediciones secretas. Había sido bastante fácil de conseguir. Le decía a su mujer que se iba de viaje de negocios. Entonces se iba a algún sitio, a la ciudad de Chicago, normalmente. No iba a uno de los grandes hoteles, sino a algún sitio oscuro en un callejón.

Oscurecía y se ponía a buscarse una mujer. Siempre pasaba por el mismo tipo de actuación más bien tonta. No tenía inclinación a la bebida, pero se tomaba unas cuantas copas. Uno podía ir de inmediato a algunas casas que de seguro tenían mujeres, pero en realidad quería otra cosa. Pasaba horas deambulando por las calles.

Tenía un sueño. Uno esperaba en vano encontrar, en sus vagabundeos, a una mujer a la que, gracias a algún milagro, amaría con libertad y abandono. Por las calles uno entraba con frecuencia en lugares oscuros y mal iluminados donde había fábricas o almacenes y viviendas pobres. Uno quería que una mujer preciosa surgiera de la inmundicia del lugar por el que caminaba. Era una locura y una estupidez y uno lo sabía, pero persistía en su locura. La mujer saldría de la sombra de uno de los oscuros edificios. Estaría también sola, hambrienta, vencida. Uno se dirigiría hacia ella con

audacia y entablaría de inmediato una conversación llena de extrañas y hermosas palabras. El amor inundaría los dos cuerpos.

Bueno, quizás aquello fuese un poco exagerado. Sin duda, uno no era tan idiota como para esperar algo tan maravilloso como eso. En cualquier caso, lo que hacía era vagar durante horas por las oscuras callejas y al final acabar con una prostituta. Los dos se apresuraban a entrar en silencio en una pequeña alcoba. Ajá. Siempre estaba aquel sentimiento de «quizás otros hombres ya hayan estado con ella aquí esta noche». Había una vacilante tentativa de conversación. ¿Podían llegar a conocerse aquel hombre y aquella mujer? La mujer tenía un aire profesional. La noche no había acabado y ella trabajaba de noche. No debía malgastar demasiado tiempo. Desde su punto de vista, había que malgastar mucho tiempo de todos modos. A menudo una pasaba media noche caminando sin sacar nada de dinero.

Tras tales aventuras, John Webster llegaba a su casa al día siguiente sintiéndose sórdido y sucio. Aun así, trabajaba mejor en la oficina y por las noches, durante largo tiempo, dormía mejor. Para empezar, tenía la cabeza en los negocios y no se dejaba llevar por sueños y vagos pensamientos. Cuando uno llevaba una fábrica, eso era una ventaja.

Ahora estaba al pie de la escalera, pensando que quizás fuera preferible embarcarse de nuevo en una aventura de ese tipo. Si se quedaba en casa y se sentaba todo el día, cada día, al lado de Natalie Swartz, no hacía falta decir qué ocurriría. Había que enfrentarse a los hechos. Tras su experiencia matinal, el mirarla a los ojos como la había mirado, la vida de ambos en la oficina cambiaría. Algo nuevo se habría introducido en el mismo aire que ambos respiraban. Sería mejor que no volviera a la oficina, sino que se pusiera en marcha con urgencia y tomara un tren a Chicago o Milwaukee. En cuanto a su mujer, no le abandonaba la idea de una especie de muerte de la carne. Cerró los ojos y se apoyó en la balaustrada. Su mente se quedó en blanco.

Se abrió la puerta que daba al comedor y entró una mujer. Era la única criada de los Webster y llevaba muchos años en la casa. Ahora estaba en la cincuentena y, cuando se detuvo ante John Webster, este la miró como no lo había hecho en mucho tiempo. Multitud de pensamientos le invadieron con

rapidez, como una ráfaga de disparos efectuados contra el vidrio de una ventana.

La mujer que estaba frente a él era alta y delgada, y su rostro estaba surcado por profundas líneas. Era extraña la idea que los hombres habían concebido acerca de la belleza de las mujeres. Quizás Natalie Swartz, cuando tuviera cincuenta años, se pareciera mucho a esta mujer.

Se llamaba Katherine, y su llegada como criada de los Webster, hacía muchos años, había provocado una disputa entre John Webster y su mujer. Un joven de Indianápolis, que trabajaba en un banco, había robado una gran suma de dinero y se había fugado con la criada que trabajaba en casa de su padre. Él había muerto en un accidente con la mujer, y se le había perdido el rastro hasta que alguien de Indianápolis, por casualidad, vio y reconoció a Katherine por las calles de su ciudad de adopción. La cuestión era qué había ocurrido con el dinero robado, y se había acusado a Katherine de saberlo y esconderlo.

La señora Webster había querido despedirla de inmediato, y había habido una pelea de la que el marido al final había salido victorioso. Por alguna razón, había concentrado toda la fuerza de su ser en aquella cuestión y una noche, de pie en el dormitorio común con su mujer, se sorprendió al escuchar la enérgica declaración que brotó de sus labios:

—Si esa mujer abandona esta casa sin que sea por su voluntad, yo me voy también —había dicho entonces.

Ahora John Webster estaba de pie en el vestíbulo de su casa, con la mirada puesta en la mujer que había sido la causa de aquel antiguo altercado. Bueno, la había visto pasearse en silencio por la casa casi cada día durante los largos años que habían transcurrido desde que aquello ocurrió, pero no la había mirado como lo hacía ahora. Cuando envejeciera, Natalie Swartz podría tener el aspecto que esta mujer tenía ahora. Si cometiera una locura y se fugara con Natalie, como había hecho aquel joven de Indianápolis una vez con esta mujer, y si resultara que no había ningún accidente de ferrocarril, algún día podría encontrarse viviendo con una mujer de aspecto parecido al de Katherine.

Aquella idea no lo alarmó. En su conjunto, era un pensamiento más bien dulce. «Ha vivido, ha pecado, ha sufrido», caviló. En la persona de aquella

mujer se distinguía una especie de dignidad fuerte y silenciosa que se reflejaba en su ser físico. También de sus pensamientos surgía una especie de dignidad. La idea de marcharse a Chicago o a Milwaukee para recorrer sucias calles en espera de que una preciosa mujer llegara hasta él desde la inmundicia de la vida se había esfumado ya.

Se sentó a la mesa para comer la comida que Katherine había preparado. Afuera brillaba el sol. Era poco después de las dos, y tenía toda la tarde y la noche por delante. Era extraño, pero la Biblia y el Antiguo Testamento resonaban en su cabeza. Nunca había sido un fanático lector de la Biblia. Había quizás una especie de esplendor compacto en la prosa del libro que ahora se ajustaba a sus propios pensamientos. En aquella época, cuando los hombres vivían en las colinas y en las llanuras con sus rebaños, la vida duraba largo tiempo en el cuerpo de un hombre o de una mujer. Se hablaba de hombres que habían vivido durante varios centenares de años. Quizás hubiera más de una manera de alcanzar la longevidad. En su caso, si pudiera vivir cada día con tanta plenitud como había estado viviendo aquel día, la vida se le alargaría indefinidamente.

Katherine entró en la sala para traer más comida y una tetera, y él levantó la vista para sonreírle. Le asaltó otra reflexión: «Sería increíblemente hermoso que la gente, todo hombre, mujer y niño viviente, saliera de repente, movida por un impulso común, de sus casas, de las fábricas y almacenes, y se dirigiera digamos a una gran llanura, donde todo el mundo podría ver a todo el mundo, y si, allí y entonces, todos ellos, a la luz del día, aun sabiendo que todo el mundo sabía qué estaba haciendo todo el resto del mundo, si todos ellos, movidos por un impulso común, cometieran el pecado más imperdonable del que tuvieran conciencia, qué gran purificación sería».

Su mente disparó una salva de imágenes y se comió la comida que Katherine le había puesto delante sin pensar en el acto físico de comer. Katherine emprendió la retirada del cuarto, y entonces, al notar que él no prestaba atención a su presencia, se detuvo en la puerta que llevaba a la cocina y se quedó de pie, mirándolo. Él nunca había sabido que ella tenía conocimiento de la batalla que él había librado por ella muchos años atrás. Si él no hubiera peleado por ella, no se habría quedado en la casa. De

hecho, la noche que él había declarado que si la obligaban a irse él se iría también, la puerta del dormitorio de arriba estaba entreabierta y ella se encontraba en el vestíbulo de la planta inferior. Había recogido sus pocas pertenencias en un hatillo y tenía la intención de esfumarse de allí. No había razón para que se quedara. El hombre al que amaba estaba muerto y ahora la acosaban los periódicos; además, estaba la amenaza de que, si no decía dónde estaba escondido el dinero, la enviarían a prisión. En cuanto al dinero robado, no creía que el hombre que había muerto supiera más que ella al respecto. Sin duda, se había robado dinero, y, como él se había fugado con ella, le habían cargado el delito. El caso era muy simple. El joven trabajaba en ese banco, y estaba comprometido con una mujer de su misma clase. Y entonces, una noche, él y Katherine estaban a solas en casa de su padre y ocurrió algo entre ellos.

El sol brillaba a medida que John Webster avanzaba por la calle y, debido a la ligera brisa, unas pocas hojas caían de los arcos de sombra alineados en las aceras. Pronto habría escarcha y los árboles se incendiarían de color. Ojalá pudiera uno saber que se acercaban días gloriosos.

En ese momento pensaba en cosas que, decidió, era mejor excluir de los pensamientos de un hombre de negocios. Sin embargo, por aquel día, se entregaría a cualquier reflexión que se le ocurriera. Quizás al día siguiente las cosas fueran distintas. Volvería a convertirse en lo que siempre había sido (a excepción de unos cuantos deslices, ocasiones en las que se había sentido más o menos como ese día), un hombre sereno y metódico que llevaba su negocio y sentía poca inclinación hacia la insensatez. Gestionaría su negocio e intentaría concentrarse en ello. Por las tardes leería los periódicos para estar al corriente de los acontecimientos del día.

«Pocas veces pesco una melopea. Me merezco unas pequeñas vacaciones», pensó con tristeza.

Por la calle, casi dos manzanas delante de él, iba un hombre caminando. John Webster había conocido a aquel hombre. Era profesor en una pequeña universidad local, y una vez, dos o tres años atrás, el presidente de la universidad había hecho un esfuerzo para recolectar dinero entre los hombres de negocios de la ciudad para ayudar al centro durante una crisis financiera. Se organizó una cena a la que asistió una parte del personal

docente y una organización llamada Cámara de Comercio, a la que pertenecía John Webster. El hombre que ahora caminaba ante él había estado en la cena y él y el fabricante de lavadoras se habían sentado juntos. Se preguntó si podría basarse en aquel breve encuentro para ir a hablar con el hombre. Había realizado reflexiones más bien poco corrientes y quizás, si pudiera hablar con otro hombre, y en particular con uno cuya ocupación en la vida fuera pensar y entender pensamientos, pudiera sacar algo en claro.

Había una estrecha franja de césped entre la acera y la calzada, y John Webster empezó a correr por ella. Sujetó el sombrero con la mano y corrió con la cabeza descubierta unas doscientas yardas; después se detuvo y miró en silencio a un extremo y otro de la calle.

Estaba bien, después de todo. Parecía que nadie había contemplado su extraña actuación. No había nadie sentado en los porches de las casas. Dio gracias a Dios por ello.

Ante él, el profesor de universidad caminaba con seriedad, ignorante de que le seguían, con un libro en la mano. Cuando advirtió que su extraña actuación había pasado desapercibida, John Webster se echó a reír. «Bueno, yo también estuve en la universidad una vez. Ya he escuchado hablar a bastantes profesores universitarios. No sé por qué debería esperar nada de alguien de su clase».

Quizás para hablar de las cosas que le habían pasado por la cabeza aquel día necesitaría algo como un nuevo lenguaje.

Estaba aquella idea de que Natalie era una casa limpia y dulce de habitar, una casa en la que uno entraría alegre y encantado. ¿Podía él, un fabricante de lavadoras de Wisconsin, parar por la calle a un profesor de universidad y decirle: «Quiero saber, señor profesor, si tiene usted una casa limpia y dulce de habitar en la que la gente puede entrar y, si es así, quiero que me diga cómo hizo para limpiar su casa»?

Momentos de cansancio y agotamiento le habían sobrevenido a lo largo de todo el día, y en ese momento le sobrevino otro. Era como un tren que recorriera un paisaje montañoso y en ocasiones penetrara en túneles. En aquel instante, el mundo a su alrededor estaba rebotante de vida y al siguiente era tan solo un lugar inhóspito y sombrío que provocaba temor. Razonó entonces de la siguiente manera: «Bueno, aquí estoy. No sirve de

nada negarlo, me ha ocurrido algo poco corriente. Ayer era algo. Ahora soy algo diferente. A mi alrededor, en esta ciudad, está esta gente a la que conozco de toda la vida. Al bajar esa calle que está ante mí, en esa esquina, en ese edificio de piedra, está el banco donde resuelvo los asuntos bancarios de mi fábrica. Resulta que en este preciso momento no les debo ningún dinero, pero en un año quizás esté endeudado hasta las cejas con esa institución. Ha habido veces, a lo largo de los años en los que he vivido y trabajado como fabricante, en que estuve a merced de los hombres que en este mismo momento están sentados en sus despachos tras esos muros de piedra. Por qué no me obligaron a cerrar y me quitaron el negocio, lo ignoro. Tal vez pensaron que no valía la pena o, si no, quizás intuyeron que, si me dejaban, estaría de todos modos trabajando para ellos. En cualquier caso, ahora no parece muy importante lo que pueda decidir hacer una institución como ese banco.

Uno no puede deducir lo que los otros piensan. Quizás no piensen en absoluto.

Si somos francos, supongo que yo mismo tampoco he pensado nunca mucho. A lo mejor toda esta historia de la vida, aquí, en esta ciudad, y en cualquier otro sitio, es solo una especie de accidente. Las cosas ocurren. La gente se ve arrastrada, ¿eh? Así debe de ser».

Le resultaba incomprensible y al poco su mente desfalleció al intentar desarrollar esa línea de pensamiento.

Volvió al asunto de la gente y las casas. Quizás pudiera discutir esa cuestión con Natalie. Había algo sencillo y claro en ella. «Lleva tres años trabajando para mí y parece raro que nunca antes haya pensado mucho sobre ella. Consigue mantenerlo todo claro y correcto. Todo va mejor desde que está conmigo».

Valdría la pena preguntarse si durante ese tiempo, desde que estaba con él, Natalie se había dado cuenta de las cosas que él acababa de empezar a aclarar. Supongamos que, desde el primer momento, ella hubiera estado lista para dejarlo entrar en ella. Era fácil ponerse romántico en ese asunto si uno se permitía darle vueltas.

Allí estaría Natalie. Se levantaba de la cama por la mañana y mientras estaba allí, en su propio cuarto, en la pequeña casa de madera a las afueras

de la ciudad, rezaba una pequeña oración de algún tipo. Después caminaba por las calles y seguía las vías del ferrocarril camino abajo hasta su trabajo, para pasar todo el día sentada en presencia de un hombre.

Era un razonamiento interesante suponer, como un divertido entretenimiento, digamos, que ella, Natalie, era pura y limpia.

En ese caso no se dedicaría muchos pensamientos a sí misma. Amaba, es decir, había abierto las puertas de su yo.

Tenía una imagen de ella de pie con las puertas de su cuerpo abiertas. Emitía constantemente algo que penetraba en el hombre ante cuya presencia pasaba el día. Él lo ignoraba, estaba demasiado absorto en sus asuntos como para advertirlo.

Ella también comenzó a estar absorta en los asuntos de él, a quitarle el peso de pequeños detalles insignificantes del negocio con objeto de que él, a su vez, tomara conciencia de ella, que estaba allí con las puertas de su cuerpo abiertas. Qué limpia, dulce y fragante la casa que habitaba. Antes de entrar en una casa así, uno tenía que purificarse también. Eso estaba claro. Natalie lo había conseguido gracias a plegarias y dedicación, una resuelta dedicación hacia los intereses de otro. ¿Podía uno limpiar su casa de aquel modo? ¿Podía uno ser tan hombre como Natalie era mujer? Era un desafío.

En cuanto al asunto de las casas... Dónde iríamos a parar si seguíamos pensando en el cuerpo de aquel modo. Uno podía ir más allá y considerar su cuerpo un pueblo, una ciudad, el mundo.

También era un camino a la locura. Se podría pensar que la gente entraba y salía constantemente de otros. Se extinguiría la intimidad en el mundo. Algo como un fuerte viento barrería el universo.

«Mejor ir más despacio y no pasarse de la raya», se dijo.

Fue a sentarse en el banco de un parquecito del centro y empezó a intentar desarrollar otra línea de reflexión. Ante él, frente a una pequeña franja de césped y una carretera, había un establecimiento con cestas de fruta, naranjas, manzanas, pomelos y peras colocadas en la acera, y en ese momento un carro se detuvo a la puerta para descargar más cosas. Permaneció con la vista clavada en el carro y la fachada del comercio.

Su mente se deslizó hacia una nueva digresión. Allí estaba él, John Webster, sentado en aquel banco de un parque en el corazón de su ciudad,

en el estado de Wisconsin. Era otoño, casi el momento de que llegara la escarcha, pero aún había nueva vida en el césped. ¡Qué verde era el césped en aquel parquecillo! Los árboles también estaban vivos. Pronto se inflamarian de color y luego dormirían un tiempo. Llegaría la llama de la tarde para el mundo del verde vivo, y después la noche del invierno.

Los frutos de la tierra se derramarían ante el mundo animal. Brotarían del suelo, de árboles y arbustos, de los mares, lagos y ríos, las cosas que mantendrían la vida animal durante el periodo en el que el mundo vegetal se sumiera en el dulce sueño del invierno.

Eso era otra cosa más en la que pensar. Por todas partes a su alrededor debía de haber hombres y mujeres que vivían en completa ignorancia de esos asuntos. Para ser sinceros, él también había llevado una vida entera de ignorancia al respecto. Se había limitado a comer alimentos, a introducirlos en su cuerpo a través de la boca. No había habido placer. No había probado las cosas de verdad, no las había olido. La vida debía de estar repleta de fragantes y sugestivos aromas.

Lo que debía de haber ocurrido era que, a medida que los hombres y las mujeres abandonaban los campos y las colinas para irse a vivir a las ciudades, a medida que crecían las fábricas y los ferrocarriles y los barcos de vapor transportaban los frutos de la tierra de un sitio a otro, una especie de terrible inconsciencia se había apoderado de la gente. A fuerza de no tocar las cosas con las manos, la gente había perdido la noción de ellas. Tal vez fuera eso.

John Webster recordó que, cuando era un niño, aquellos asuntos se resolvían de otro modo. Vivía en la ciudad y tampoco es que supiera gran cosa del campo, pero en aquella época el pueblo y la ciudad estaban más unidos.

En otoño, en aquella misma época del año, para empezar, los granjeros solían ir a la ciudad y hacían entregas en casa de su padre. En aquella época, todo el mundo tenía grandes despensas bajo las casas, y en las despensas había cubos que se llenaban de patatas, manzanas, nabos y cosas así. Había algo que la gente había aprendido a hacer. Traían la paja de los campos cercanos a la ciudad y muchas cosas, como calabazas, calabacines, coles y otras verduras resistentes, se envolvían en paja y se almacenaban en

un lugar fresco de la despensa. Recordó que su madre envolvía peras en pedazos de papel y las conservaba dulces y frescas durante meses.

En cuanto a él, aunque no vivía en el campo, era, incluso en aquella época, consciente de que algo maravilloso ocurría. Llegaban carros cargados de cosas a casa de su padre. Los sábados, una campesina que venía en un viejo caballo gris llamaba a su puerta. Les traía a los Webster el abastecimiento semanal de mantequilla, huevos, y a menudo un pollo para la cena del domingo. La madre de John Webster iba a la puerta a buscarla y el niño corría con ella, colgado de las faldas de su madre.

La campesina entraba en casa y se sentaba, muy tiesa, en una silla de la salita mientras vaciaban la cesta y sacaban la mantequilla de la jarra de gres. El muchacho se quedaba con la espalda contra la pared y la observaba. No decían nada.

Qué manos tan raras tenía, tan diferentes a las de su madre, que eran suaves y blancas. Las manos de la campesina eran marrones y sus nudillos eran como los nudos que aparecían en los troncos de los árboles. Eran manos que tomaban las riendas de las cosas, que tomaban las riendas de las cosas con firmeza.

Después de que los hombres del campo hubieran llegado y colocado las cosas en los cubos de la despensa era estupendo bajar allí por la tarde, después de volver de la escuela. Afuera, los árboles estaban perdiendo las hojas y todo parecía desnudo. Uno sentía cierta tristeza y, en ocasiones, casi miedo, y las visitas a la despensa eran reconfortantes. ¡El denso olor de las cosas, olores fuertes y fragantes! Cogía uno una manzana del cesto y se paraba a comérsela. En una esquina alejada, donde los cubos oscuros, estaban las calabazas y los calabacines enterrados en paja, y por todas partes, en las paredes, se veían las jarras de cristal con fruta que su madre había colocado. Qué cantidad, qué abundancia de todo. Podría uno comer y comer y aún habría mucho.

A veces, por la noche, cuando había subido las escaleras y se había metido en la cama, se ponía a pensar en la despensa, en la campesina y los campesinos que habían traído las cosas. Fuera de casa todo estaba oscuro y soplaban el viento. Pronto sería invierno y habría nieve y se podría patinar. La campesina de manos extrañas y fuertes había cabalgado el caballo gris

por la calle donde estaba la casa de los Webster y después había doblado la esquina. Él se había quedado en la ventana de la planta inferior, mirándola hasta perderla de vista. Se había marchado a un sitio misterioso al que llamaban campo. ¿Cómo de grande era el campo, y cómo de lejos estaba? ¿Habría llegado ya allí? Era de noche y estaba muy oscuro. Soplaban el viento. ¿Seguiría cabalgando su caballo, con las riendas sujetas en sus fuertes manos marrones?

El muchacho se había metido en la cama y se había arropado con las mantas. Su madre entró en la habitación y, tras darle un beso, se marchó con su candil. Estaba a salvo en la casa. A su lado, en otra habitación, dormían su madre y su padre. Solo la campesina de las manos fuertes estaba en esos momentos fuera, sola en mitad de la noche. Cabalgaba su caballo en plena oscuridad, en dirección al extraño lugar del que venían todas aquellas cosas raras y de olor denso que ahora se agolpaban en la despensa de su casa.

IV

—Buenas, señor Webster. Es un buen sitio para soñar despierto. Llevo unos minutos de pie, mirándole, y ni siquiera me ha visto.

John Webster se levantó de un salto. Estaba atardeciendo, y una especie de color gris había empezado a cubrir los árboles y el césped del parquecillo. El sol del ocaso incidía en la figura del hombre que estaba frente a él y, aunque el hombre era de pequeña estatura y complexión delgada, su sombra alcanzaba una grotesca longitud sobre el paseo pavimentado. El hombre sentía una evidente diversión ante el pensamiento del próspero fabricante soñando despierto allí en el parque y estalló en una risa suave que balanceó su cuerpo hacia delante y hacia atrás. También la sombra se balanceó. Era como si colgara de un péndulo, oscilando de un lado a otro, y mientras John Webster se levantaba sobresaltado, le vino una frase a la cabeza. «Se enfrenta a la vida con un lento y suave balanceo. ¿Cómo puede ser? Se enfrenta a la vida con un lento y suave balanceo», repitió su mente. Parecía un fragmento de reflexión arrancado de la nada, un pequeño pensamiento danzante.

El hombre que estaba ante él regentaba una pequeña librería de segunda mano en una bocacalle por la que John Webster acostumbraba a pasar en el camino de ida y de vuelta a la fábrica. Las noches de verano el hombre se sentaba en una silla ante la tienda y comentaba el tiempo y la actualidad con los transeúntes de la acera. Una vez que John Webster estaba con su banquero, un hombre canoso de aspecto digno, se había sentido algo violento porque el librero lo había llamado por su nombre. Nunca lo había hecho hasta aquel día y nunca volvió a hacerlo. Se lo había explicado al banquero. «En realidad no lo conozco. Nunca he entrado en su tienda», se había disculpado.

En el parque, frente a aquel hombre, John Webster sentía una profunda incomodidad. Dijo una mentira inocente.

—Llevo todo el día con dolor de cabeza y me he sentado un rato —musitó algo aturullado. Era molesto sentir que se disculpaba. El hombrecillo sonrió con complicidad.

—Debería tomar algo para eso. Podría meter a un hombre como usted en un buen lío —explicó mientras se marchaba, con su larga sombra bailando tras él.

Tras encogerse de hombros, John Webster se internó con rapidez en una atestada calle comercial. Ahora estaba bastante seguro de saber qué quería hacer. No se demoró ni dejó que le gobernaran vagos pensamientos, sino que caminó con brío por la calle. «Mantendré la cabeza ocupada», decidió, «pensaré en mi negocio y en cómo desarrollarlo». La semana anterior, un publicista de Chicago había ido a su oficina a hablar con él sobre anunciar sus lavadoras en las grandes revistas nacionales. Le costaría bastante dinero, pero el publicista había dicho que podría aumentar el precio de venta y vender más lavadoras. Aquello sonaba posible. Engrandecería el negocio, lo convertiría en una institución de prestigio nacional, y haría de él una gran figura de la industria. Otros habían llegado a tales posiciones a través del poder de la publicidad. ¿Por qué no iba a hacer él lo mismo?

Trató de meditar la cuestión, pero su mente no funcionaba muy bien. Estaba en blanco. Lo que ocurrió fue que siguió caminando con los hombros erguidos y una infantil sensación de importancia por nada. Tenía que tener cuidado o empezaría a reírse de sí mismo. Sentía que en su interior acechaba el miedo de empezar a reírse en unos minutos de la figura de John Webster en tanto que hombre de importancia nacional en el ámbito de la industria, y ese miedo le hizo apresurarse más que nunca. Cuando alcanzó los raíles del tren que llegaban hasta la fábrica iba casi corriendo. Era sorprendente. El publicista de Chicago podía emplear grandes palabras, sin correr en apariencia ningún riesgo de estallar de pronto en carcajadas. Cuando John Webster era un joven recién salido de la universidad, es decir, cuando leía un montón de libros y en ocasiones pensaba que le gustaría convertirse en escritor, en aquella época, pensaba con frecuencia que no tenía en absoluto madera de hombre de negocios. Quizás tuviera razón. Más

le valía a un hombre que tenía la poca sensatez de reírse de sí mismo no intentar convertirse en una figura de importancia nacional en el ámbito de la industria, eso estaba claro. Se necesitaba a gente seria para asumir esas distinciones con éxito.

Bueno, ahora estaba empezando a sentir un poco de lástima por sí mismo, por no tener madera de gran figura del mundo industrial. Qué infantil era. ¿Crecería algún día?

Al oír el traqueteo de un tren a distancia, John Webster se apartó de los raíles. Había, justo en ese lugar, un dique al lado del río a lo largo del cual podía caminar. «No tengo intención de acercarme para que me mate un tren como esta mañana, cuando me salvó el muchacho negro», pensó. Dirigió su mirada hacia el oeste, al sol del ocaso, y después al lecho del riachuelo. El río estaba bajo y solo un estrecho caudal de agua corría por entre las anchas orillas de costroso cieno.

«Ya sé qué voy a hacer», se dijo para sí con resolución.

Con rapidez, concibió un plan en su imaginación. Iría a la oficina y se apresuraría a despachar la correspondencia que hubiera recibido. Entonces, sin mirar a Natalie Swartz, se levantaría y se iría. Había un tren para Chicago a las ocho; le diría a su mujer que tenía negocios en la ciudad y tomaría el tren. Lo que un hombre tenía que hacer en su vida era enfrentarse a los hechos y después actuar. Iría a Chicago y encontraría una mujer. Pensándolo dos veces, se agarraría su habitual cogorza. Se buscaría una mujer, se emborracharía y, si le apetecía, permanecería borracho unos cuantos días.

Había veces en que quizás era necesario ser un auténtico sinvergüenza. También lo haría. Mientras estuviera en Chicago, con la mujer, se le había ocurrido escribir una carta a su contable diciéndole que despidiera a Natalie Swartz. Después le escribiría una carta a Natalie y le remitiría un buen cheque. Le mandaría el sueldo de seis meses. Todo este asunto le costaría una buena suma, pero cualquier cosa era mejor que seguir como estaba, con esa especie de locura.

En cuanto a la mujer de Chicago, la encontraría sin problemas. Uno se volvía atrevido después de unos tragos, y, cuando uno tenía dinero para gastar, siempre se encontraban mujeres. Se sentía decidido y fuerte.

V

Después de abrir la puerta que daba a la pequeña sala en la que llevaba tres años sentándose y trabajando al lado de Natalie, la cerró con rapidez tras de sí y se quedó con la espalda apoyada en ella y la mano en el pomo, como para sostenerse. El escritorio de Natalie estaba junto a una ventana, en una esquina del despacho, y más allá del escritorio de él, por la ventana, se veía un lugar vacío junto al ramal que pertenecía a la empresa de ferrocarriles, pero en el que se le había otorgado la prerrogativa de apilar sus reservas de maderos. Los maderos estaban amontonados de modo que, a la suave luz del atardecer, las tablas amarillas dibujaban una especie de fondo para la figura de Natalie.

El sol brillaba sobre el montón de maderos con los últimos rayos del suave sol del atardecer. Sobre la pila de maderos había un espacio de luz clara y sobre él se proyectaba la cabeza de Natalie.

Algo increíble había ocurrido. Cuando el hecho alcanzó su conciencia, algo se desató en el interior de John Webster. Natalie había hecho algo muy simple, y, sin embargo, ¡tan trascendental! Permaneció de pie, con el pomo en la mano, colgado de él, y en su interior se desencadenó lo que había estado intentando evitar. Afloraron lágrimas a sus ojos. En toda su vida posterior, nunca olvidó la sensación de aquel instante. En un momento, la intención de viajar a Chicago había enfangado y ensuciado toda su esencia y, de pronto, toda la suciedad y el lodo se habían esfumado como por arte de magia.

«En cualquier otro momento, lo que Natalie hizo habría pasado desapercibido», se diría más tarde, pero ese hecho no eliminó de ningún modo su importancia. Todas las mujeres que trabajaban en la oficina, así como el contable y los hombres de la fábrica, tenían la costumbre de traer el

almuerzo, y Natalie lo había hecho también esa mañana, como de costumbre. Recordaba haberla visto llegar con el envoltorio de papel.

Su casa estaba a una gran distancia, a las afueras de la ciudad. Ninguno de sus empleados recorría una distancia parecida.

Y aquel mediodía, ella no se había comido el almuerzo. Allí estaba, aún envuelto, en una estantería detrás de su cabeza.

Lo que había ocurrido era lo siguiente: a la hora del mediodía, se había precipitado fuera de la oficina y había corrido hasta la casa de su madre. No tenían bañera, pero había extraído agua del pozo y la había llevado hasta una bañera común en el cobertizo de detrás de la casa. Entonces se había sumergido en el agua y lavado su cuerpo de la cabeza a los pies.

Tras hacer aquello, había subido las escaleras y se había ataviado con un vestido especial, el mejor que tenía, el que siempre guardaba para los domingos por la tarde y para ocasiones especiales. Conforme se vestía, su anciana madre, que la iba siguiendo para dirigirle imprecaciones y exigirle una explicación, se quedó al pie de la escalera que llevaba a su cuarto mientras le dedicaba lindezas.

—Pequeña fulana, ya estás planeando salir con algún hombre esta noche, por eso te estás arreglando como si te fueras a casar. Una ocasión excelente de que al menos una de mis hijas consiga marido de una vez. Si llevas algo de dinero en los bolsillos, dámelo. No me importarían tanto tus callejeos si sacaras dinero de vez en cuando —declaró en voz alta. La noche anterior había obtenido dinero de una de sus hijas y durante la mañana se había agenciado una botella de *whisky*. Ahora solo se estaba divirtiendo.

Natalie no le prestó atención alguna. Cuando hubo terminado de vestirse bajó las escaleras a toda prisa haciendo a la vieja a un lado, y regresó medio corriendo a la fábrica. El resto de las mujeres que trabajaban en la fábrica se rió al verla llegar.

—¿Qué pretende Natalie? —se preguntaron unas a otras.

John Webster se quedó mirándola sumido en sus pensamientos. Sabía todo lo que había hecho y por qué lo había hecho, aunque no hubiera visto nada. Ahora ella no lo miraba, sino que, con un ligero giro de la cabeza, dirigió sus ojos a las montañas de maderos.

Bueno, entonces ella había sabido desde el principio qué le pasaba a él. Había advertido el súbito deseo de él de entrar en su interior, y había corrido a casa a bañarse y arreglarse. «Eso ha sido como lavar el umbral y colgar cortinas recién lavadas en las ventanas», pensó con imaginación.

—Te has cambiado de vestido, Natalie —dijo en voz alta. Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Tenía los ojos llenos de lágrimas y de repente se le aflojaron las rodillas. Atravesó la habitación con paso inestable hasta arrodillarse junto a ella. Puso la cabeza en su regazo y sintió la mano ancha y fuerte de ella en su pelo y su mejilla.

Permaneció largo rato así, arrodillado, respirando hondo. Las reflexiones matinales le asaltaron de nuevo. Aunque después de todo no estaba pensando. Lo que ocurría en su interior no poseía la claridad de los pensamientos. Si su cuerpo era una casa, era el momento de hacer limpieza en ella. Miles de criaturas corrían por la casa, subían y bajaban las escaleras a toda prisa, abrían las ventanas, reían e intercambiaban gritos. Las habitaciones de la casa resonaban con nuevos ruidos, con ruidos alegres. Su cuerpo temblaba. Ahora que había ocurrido esto, empezaría para él una nueva vida. Su cuerpo estaría más vivo. Vería, olería, saborearía las cosas como nunca antes.

Levantó la vista hacia el rostro de Natalie. ¿Cuánto sabía ella de todo esto? Bueno, sin duda ella sería incapaz de expresarlo en palabras, pero lo entendía de algún modo. Había corrido hasta su casa para bañarse y arreglarse. Por eso él sabía que ella sabía.

—¿Desde hace cuánto estás preparada para que esto ocurra? —preguntó él.

—Desde hace un año —respondió ella. Había palidecido un poco. La habitación había empezado a oscurecerse.

Ella se levantó y, tras apartarlo con dulzura, se dirigió a la puerta que daba a la oficina principal para correr un pestillo que impediría que la puerta se abriera.

Entonces permaneció con la espalda apoyada en la puerta y la mano en el pomo, tal y como él se había quedado un poco antes. Él se puso de pie, fue hacia su escritorio, junto a la ventana que daba al ramal del ferrocarril, y se sentó en la silla. Se inclinó hacia delante y enterró su rostro entre los

brazos. Seguía experimentando aquel temblor y aquel estremecimiento. Las vocecillas alegres seguían gritando. La limpieza seguía su curso.

Natalie habló de los asuntos de la oficina.

—Había algunas cartas, pero las respondí e incluso cometí el atrevimiento de firmar con su nombre. No quería que le molestaran hoy.

Se acercó a donde él estaba sentado, apoyado sobre el escritorio, tembloroso, y se arrodilló a su lado. Tras un momento, él rodeó sus hombros con el brazo.

Los ruidos exteriores de la oficina permanecían estables. En la oficina principal, alguien hacía funcionar una máquina de escribir. La oficina interior estaba ahora bastante oscura, pero, sobre los raíles, a doscientas o trescientas yardas, había un farol suspendido en el aire; cuando se iluminó, una débil luz penetró en la sombría sala y cayó sobre las dos figuras agachadas. En ese momento sonó un silbato y los trabajadores de la fábrica salieron a lo largo del ramal. Los cuatro empleados de la oficina principal se prepararon para irse a casa.

En unos minutos salieron, cerraron la puerta tras de sí, y se encaminaron también al ramal. A diferencia de los obreros de la fábrica, sabían que los dos estaban aún en la oficina interior y sentían curiosidad. Una de las tres mujeres se acercó con descaro a la ventana y miró hacia el interior. Volvió junto a los otros y permanecieron allí unos minutos, agrupados en la penumbra. Después se alejaron con lentitud.

Cuando el grupo se dispersó, a la altura del dique del río, el contable, un hombre de treinta y cinco, junto con la mayor de las tres mujeres, tomaron el camino a la derecha de los raíles, mientras que las otras dos mujeres fueron hacia la izquierda. El contable y la mayor de las mujeres no hablaron de lo que todos habían visto. Caminaron juntos algunos centenares de yardas y luego se separaron; se alejaron de los raíles por caminos opuestos. Cuando el contable se quedó solo empezó a preocuparse por el futuro. «Ya verás, en unos meses tendré que buscarme un nuevo trabajo. Cuando empiezan este tipo de cosas, el negocio hace aguas». Le preocupaba el hecho de no tener dinero ahorrado, ya que tenía mujer y dos hijos y su salario no era demasiado alto. «Maldita sea esa Natalie Swartz. Apuesto a que es una fulana, seguro que sí», murmuró mientras seguía su camino.

En cuanto a las dos mujeres restantes, una de ellas quería hablar de lo que había visto, mientras que la otra no. Hubo un par de intentos inútiles de comentar el asunto por parte de la mayor de las dos, y después también se separaron. La más joven de las tres mujeres, la que había sonreído a John Webster aquella mañana cuando este acababa de salir de donde Natalie estaba presente, cuando acababa de percatarse de que las puertas de su ser estaban abiertas para él, dejó atrás la puerta de la librería y subió una calle en pendiente hacia la iluminada zona comercial de la ciudad. Según caminaba, sonreía, por alguna razón que ni ella misma llegaba a entender.

Era porque ella misma era una de las personas a las que hablaban esas vocecillas, y ahora estaban alteradas. No se le iba de la cabeza una frase, recogida de algún sitio, quizás de la Biblia, de cuando era una niña e iba a la escuela dominical, o de algún libro. Qué encantadora combinación de palabras sencillas, de uso cotidiano para las personas. Las repetía para sus adentros y, después de un rato, cuando llegó a un punto de la calle donde no había nadie cerca, las pronunció en voz alta.

—Y resultó que se hizo una boda en nuestra casa^[3] —fueron las palabras que pronunció.